



**LA RELEVANCIA ACTUAL
DEL CONCEPTO DE VALOR DE USO
EN LA TEORÍA DEL VALOR DE MARX
Y SU CRÍTICA A SMITH Y RICARDO**

Octavio Rosas Landa Ramos

LA RELEVANCIA ACTUAL DEL CONCEPTO DE VALOR DE USO EN LA TEORÍA DEL VALOR DE MARX Y SU CRÍTICA A SMITH Y RICARDO

Octavio Rosas Landa R.

1. INTRODUCCIÓN

La ciencia económica requiere de un fundamento sólido si es que ha de tener utilidad como herramienta para la comprensión y la transformación de la realidad. Tal fundamento lo ofrece, en nuestra opinión, la teoría del valor de Marx, en la medida que, por una parte, constituye el punto de partida de la exposición del estudio sistemático y la crítica (en un sentido profundo del término) de la teoría económica en sus distintas vertientes, pero también, por la otra, en el hecho de que la teoría del valor representa la columna vertebral y el hilo conductor de una teoría general de la reproducción social, especialmente en su configuración histórica capitalista y ofrece elementos para su superación y transformación en un modo superior (Echeverría, 1986).

A su vez, a ese punto de partida corresponde un origen y una razón de ser que debe ser identificado en sus fuentes y en sus diferencias, para que, efectivamente, pueda reconocerse su carácter efectivamente crítico, es decir, que no sólo contraponga, sino que también modifique y, en última instancia, se constituya como verdadero discurso crítico, capaz de trascender a sus fuentes. En este sentido, la teoría del valor de Marx es, además de una propuesta de explicación del modo como se organizan las relaciones dentro de “las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista” (Marx, 1977, i: 43), tanto para la generación de esa riqueza como para su distribución entre los grupos (clases) que la componen, un aporte que pretende conducir al reordenamiento ra-

dical del modo de organizar a la sociedad (Echeverría, 1986).

Por tal motivo, este trabajo se divide en tres partes: en la primera parte, abordaremos, brevemente, las críticas fundamentales de Marx hacia sus predecesores principales (Adam Smith y David Ricardo), y el modo como resuelve y trasciende sus principales contradicciones; la segunda parte constituye una exposición breve del planteamiento fundamental de la teoría del valor en Marx, con el fin de identificar en ella sus determinaciones principales, a partir de las cuales establece su recuperación crítica, con el fin de resaltar el papel que en dicha construcción desempeña el concepto de valor de uso. En las conclusiones se hará, finalmente, una reflexión sobre la relevancia y utilidad de esta discusión, tanto para la enseñanza de la Crítica de la Economía Política en la formación de los economistas, como para su aplicación en relación con problemas de fondo en el capitalismo contemporáneo.

2. LA CRÍTICA DE MARX A SMITH Y RICARDO

Marx tomó conocimiento de los progresos de la economía política por

un medio indirecto: por un lado, su estudio y crítica detallados de la Filosofía del derecho de Hegel, le conducen a exhibir “el carácter mistificado, apriorístico de la filosofía política de Hegel y, al mismo tiempo, de su idealismo en general” (Sánchez Vázquez, 1980: 17-22). De acuerdo con Sánchez Vázquez, la crítica de Marx a Hegel adolece aún, en ese momento, de un desconocimiento de las relaciones materiales que permitirían comprender y transformar la naturaleza del Estado, más allá de la organización de las relaciones políticas. Es por esa razón que Marx debe iniciar una crítica de la economía política, como paso necesario para desentrañar la estructura social que debe fundamentar y posibilitar el cambio revolucionario, que ya animaba su militancia política. Por otro lado, Marx se traslada a París a fines de 1843 para publicar, junto con Arnold Ruge, una nueva publicación (los Anuarios Francoalemanes), después de verse obligado a renunciar al puesto de redactor en jefe de la Gaceta Renana y a abandonar Colonia, por órdenes del gobierno prusiano (Ripalda, 1978: ix). Ahí, Marx conoce el Esbozo de crítica de la economía política, de Friedrich Engels —que lo influye profundamente al inicio— y se involucra en las reuniones de los grupos revolucionarios de los

obreros franceses. Es en este periodo en que no sólo comienza su estudio riguroso de la economía política de Smith, Ricardo, Say, Mill, Sismondi, etc. (Marx, 1980), sino que inicia también su crítica (Marx, 1987).

Tanto la lectura del Esbozo de Engels, como de los textos de los economistas franceses e ingleses permiten a Marx identificar el debate en torno al problema de la determinación del valor de las mercancías que contrapone, por ejemplo, a Jean-Baptiste Say con David Ricardo. Mientras que los ingleses determinan el valor de una cosa por su costo de producción (determinado por el trabajo contenido en ellas), Say lo mide con arreglo a su utilidad. En ese debate, Engels habrá de plantear que “El valor es la relación entre el costo de producción y la utilidad” (Sánchez Vázquez, 1980: 32), lo cual indica, según Sánchez Vázquez, que al joven Engels (y detrás de él, al propio Marx), escapa la aportación de la economía política inglesa a la construcción de una teoría científica del valor.¹

¹ No obstante, Sánchez Vázquez reconoce el aporte del análisis temprano de Engels a la edificación de la teoría revolucionaria de Marx: “a] el papel de la economía como clave de la Sociedad Civil y, a su vez, la importancia de la propiedad privada como fundamento de las relaciones reales humanas; b] el mérito de la economía política al

Por su parte, la economía política de Smith y Ricardo tiene como antecedentes las primeras aproximaciones a la definición de aquello que para los primeros economistas mercantilistas y, posteriormente, a los fisiócratas, constituirá la explicación del conjunto del modo social de organización, a partir, primero, de los fenómenos de la circulación mercantil,² y después, a partir de la producción material de materias primas agrícolas, donde la generación de plusvalía depende de la existencia de remanentes por encima del costo de producción (un producto neto) (Juanes, 1976: 163).

Para Marx, los fisiócratas representan el nacimiento de la economía política como ciencia,

establecer las leyes del orden humano basado en la propiedad privada; c] el carácter histórico y transitorio de este fundamento; d] la vinculación entre la economía y la propiedad privada y, en consecuencia, el carácter burgués, de clase, de esta ciencia al considerar el orden basado en ella como un orden natural y racional; e] el punto de vista opuesto al de la economía política, a saber: el de la supresión de la propiedad privada, lo que equivale a proporcionar un fundamento económico (no sólo filosófico) al socialismo” (Sánchez Vázquez, 1980: 34-35).

² “Los mercantilistas sólo toman en consideración al trabajo en cuanto sus resultados inciden ‘directamente en el comercio mundial’, que es para ellos la verdadera fuente de la riqueza” (Juanes, 1976: 158-159).

en tanto que ya no sólo hacen un análisis fenomenológico de la riqueza que surge de la circulación, sino que ponen en el centro del análisis sobre el valor a la producción, particularmente, la producción agrícola como fundamento de la riqueza capitalista dentro de un marco feudal por cuanto es en el campo (en la agricultura) donde surge la separación de la fuerza de trabajo de sus medios de producción y la contraposición del trabajo respecto a las condiciones donde éste se realiza, lo que supondrá, posteriormente el planteamiento inicial de Marx sobre la subsunción formal del trabajo al capital (Marx, 1971: 54-58; Napoleoni, 1976: 79-92).

Los fisiócratas otorgan una importancia central a la noción de trabajo productivo que es “aquel cuyo producto encierra más valor que el que arroja la suma de los valores consumidos durante su producción”. En este sentido, todo trabajo productivo encierra dentro de sí, no la capacidad de producir valores de uso, sino la posibilidad de producir plusvalía. Por ello, no se trata de examinar lo que los obreros producen para su subsistencia, sino el valor que generan más allá del nivel de

producción que representa la reproducción de los trabajadores (el salario). De este modo, el sobreproducto (producto neto), es decir, el excedente de valores de uso producidos sobre los valores de uso consumidos representa la diferencia entre el valor pagado por el consumo productivo de la fuerza de trabajo del obrero agrícola y el valor creado por éste en el proceso de trabajo. En otras palabras, significa el proceso de creación de plusvalía (Juanes, 1976: 163-165). Como puede advertirse, los fisiócratas — según observa acertadamente Juanes— toman en consideración “el trabajo concreto, determinado, y no el trabajo abstracto y su medida, el tiempo de trabajo, o sea, el trabajo agrícola que produce los medios de vida del obrero y el remanente (producto neto) del que se apropia el capitalista agrario. El valor, como dice Marx, es para ellos ‘algo que se compone de materia y sigue todas las vicisitudes de ésta’” (Juanes, 1976: 165-166).

Es por esa razón que el límite del pensamiento fisiocrático está puesto en la consideración de que es sólo en la producción agrícola donde se puede originar un excedente o producto neto, al tiempo que dicho excedente es producto, no del trabajo del

obrero agrícola, sino de la naturaleza.³ Uno de los problemas del planteamiento fisiocrático radica entonces en que dado que el producto neto consiste en la parte de la riqueza producida que excede a la parte de la riqueza que ha sido consumida en el proceso de producción, se trata entonces de la valoración de la diferencia, no entre dos magnitudes de valor diferentes, sino entre dos magnitudes físicas (esto es, de valor de uso) (Napoleoni, 1981: 20). Por tanto, el cálculo de la diferencia implica su reducción a una determinación común a ambas, lo cual implicaría una teoría del valor, fundada en la homogenización de todo trabajo, como trabajo abstractamente humano y dicha reducción no puede ocurrir si no se reconoce la capacidad

³ “La tesis, característicamente fisiocrática, según la cual el excedente tiene lugar solamente en la agricultura es, en consecuencia, el fundamento de la otra tesis según la cual el capitalismo es un orden solamente propio de la agricultura” (Napoleoni, 1981: 19). Al mismo tiempo, “la gran importancia de la postura fisiocrática radica en haber individualizado en el proceso productivo el lugar de origen del ‘producto neto’ superando cualquier concepto precedente que, en la medida en que llegaba a distinguir un excedente, no buscaba su origen en la esfera del cambio, impidiendo así la adquisición de una noción exacta de este fenómeno” (*Ibid.*: 21).

del trabajo humano en general en la producción de excedentes, más allá de su adscripción como trabajo agrícola.

Es en este aspecto problemático del planteamiento fisiocrático que adquiere mayor relevancia la intervención teórica de Adam Smith. Como explica Juanes (1976: 168), Smith construye una nueva teoría del valor tomando como punto de partida el trabajo industrial en tanto trabajo productivo, como creador de excedente, lo cual implica, de un lado, abandonar el supuesto fisiocrático del origen “natural” del excedente, pero también, por el otro, el de la constatabilidad material de ese excedente, para acercarse a la definición del valor, como objetivación de trabajo abstracto demandable (*labour commanded*).⁴ En el plantea-

⁴ “El precio real de cualquier cosa, lo que realmente cuesta al hombre que ha de adquirirla, es la fatiga y el trabajo de su adquisición. Lo que vale realmente para el que la tiene ya adquirida, y ha de disponer de ella o ha de cambiar por otra, es la fatiga y el trabajo de que a él le ahorra y cuesta a otro. [...] No con el oro, no con la plata, sino con el trabajo se compró originariamente en el mundo todo género de riqueza, y su valor, para quienes la poseen y tienen que permutarla continuamente por nuevas producciones, es precisamente igual a la cantidad de trabajo que con ella pueden adquirir de otro” (Smith, 1977: 31). Éste último

miento de Smith, ya no es, en todo caso, el trabajo agrícola el que propicia la creación de excedentes, sino el trabajo industrial.⁵

En la formulación de Smith se pone de manifiesto que el producto global de la sociedad (como resultado del trabajo productivo de sus integrantes), contiene fundamentalmente una parte que corresponde a los salarios de los trabajadores, que no hacen sino reintegrarle (en valor) el mantenimiento y la reproducción del trabajo y otras dos partes, correspondientes — ellas sí—, al producto neto (el excedente), correspondientes a la renta del propietario de la tierra y al beneficio del capitalista. El problema aquí es que, como afirmaba Marx en 1844:

El economista nos dice que, originariamente y en cuanto al concepto, el producto íntegro del trabajo pertenece al trabajador. Pero nos dice, al mismo tiempo, que

trabajo (el que puede ser adquirido a otro) es el que Napoleoni (1981: 46) identifica como el que se transforma en salario.

⁵ “Smith considera el producto neto como un fenómeno tan general como general es el trabajo: bajo este punto de vista, ningún sector es privilegiado, porque en todos, el trabajo puede realizar su productividad” (Napoleoni, 1981: 43).

en realidad al trabajador sólo le corresponde la parte menor y estrictamente indispensable del producto; sólo le corresponde lo necesario para poder subsistir, no como hombre, sino como trabajador, para perpetuar, no la especie humana, sino la clase esclava de los obreros (Marx, 1987: 563).

En el fondo, el problema que Marx reconoce en 1844 y que se expresa en los Manuscritos económico-filosóficos (Marx, 1987) como el de la contradicción que se expresa en la valorización del mundo de las cosas y la desvalorización del trabajador (como trabajo enajenado),⁶ se dilucida en las obras posteriores de Marx, especialmente *El capital* (Marx, 1977: 55), cuando se ocupa de establecer la dualidad del trabajo (en concordancia con la dualidad contradictoria existente en toda mercancía) como trabajo concreto cuando está orientado a la finalidad de pro-

⁶ Al margen de la enorme importancia de la formulación temprana del concepto de trabajo enajenado en Marx (en la que no podemos extendernos aquí por cuestiones de espacio, su planteamiento ofrece ya indicios de evidenciar que la economía política de Adam Smith y David Ricardo aceptan esta contradicción, la cual no explican, sino que consideran natural (Cf. Sánchez Vázquez, 1981: 39).

ducir valores de uso y como trabajo abstracto, dirigido a la producción de valor. Por esa razón, Marx escribe en *El capital*:

Para demostrar “que sólo el trabajo [...] es la medida definitiva y real con arreglo a la cual en todos los tiempos puede estimarse y compararse el valor de todas las mercancías”, dice Adam Smith: “Cantidades iguales de trabajo en todo tiempo y lugar han de tener el mismo valor para el trabajador. En su estado normal de salud, fuerza y dinamismo, y con el grado medio de destreza que posea, el trabajador debe siempre renunciar a la misma porción de su descanso, libertad y felicidad”. (*Wealth of Nations*, lib I, cap. V [ed. por E.G. Wakefield, Londres, 1836, vol. U, pp. 104-105].) De una suerte, Adam Smith confunde aquí (no en todos los casos) la determinación del valor por la cantidad de trabajo gastada en la producción de la mercancía, con la determinación de los valores mercantiles por el valor del trabajo, y por eso procura demostrar que cantidades iguales de trabajo tienen siempre el mismo valor. De otra parte, entrevé que el trabajo, en la medida en que se representa en el valor de las mercancías, sólo cuenta como gasto de fuerza de traba-

jo, pero sólo concibe ese gasto como sacrificio del descanso, la libertad y la felicidad, no como actividad normal de la vida. Sin duda tiene en vista aquí al asalariado moderno (Marx, 1987: 57-58).

Por otra parte, aunque David Ricardo, en sus *Principios de economía política y tributación* (1973) opta por tomar como medida del valor la cantidad de trabajo contenida en los productos del trabajo,⁷ ello no obsta para que, en los *Grundrisse* (Marx, 1986, 1: 268), Marx plantee que “El error fundamental [de Ricardo] consiste en que en ninguna parte investiga de dónde surge realmente la diferencia entre la determinación del valor por el salario y la determinación por el trabajo objetivado” [énfasis añadido].

De lo hasta aquí expuesto, vale la pena señalar que la crítica de Marx a la economía política precedente —en especial a los dos principales desarrolladores de la teoría del valor por el trabajo— que le sirve de fuente para redondear su

⁷ “[...] es la cantidad comparativa de cosas que el trabajo producirá la que determina su valor relativo presente o pasado, y no las cantidades comparativas de cosas que se dan al trabajador a cambio de su trabajo” (Ricardo, 1973: 33).

propio plan de crítica total de la sociedad burguesa y su propuesta de reordenamiento radical de la sociedad, no estaría completa si no abordase, también críticamente, aquello que Ricardo denominaba el núcleo de su propuesta de formulación de la economía política, esto es, “como aquella ciencia que se ocupa de la distribución del producto social entre las clases en las que la sociedad se halla dividida” (Napoleoni, 1981: 67). Esa crítica tiene que ver con el hecho de que, por ejemplo, aunque Ricardo sostiene que “El trabajo [es] fuente de todo valor, y su cantidad relativa [constituye] la medida que regula el valor relativo de las mercancías” (Ricardo, citado por Marx, 1981: 109), ello no impide “la aparición de un valor producido por [el trabajo del] obrero que excede, como plusvalía el valor (salario) del trabajo (o, más exactamente, de la fuerza de trabajo)” (Sánchez Vázquez, 1981: 37).

De este modo, la crítica de Marx a los economistas políticos identifica entonces cómo es que existe un ámbito que permanece oculto y sin explicación de la realidad económica (vigente hasta nuestros días) que la discusión sobre el origen y la determinación del

valor de las mercancías por el tiempo de trabajo que requiere su producción no resolvió —y que preocupaba a Marx desde 1844—, pero que le permitió al propio Marx, en el desarrollo de su obra posterior (especialmente en *El capital*), concentrar su atención en el modo como a esa misma economía política, a pesar de sus aportes, le resulta “natural” la existencia de un valor que es apropiado por los capitalistas y los propietarios de la tierra, aunque no es producto de actividad alguna de su parte. Por ello, “no es el trabajo en general, [...] sino una forma concreta del trabajo humano la que da lugar a esa contradicción: fuente de valor, por un lado, de desvalorización por otro” (Sánchez Vázquez, 1981: 38).⁸

⁸ “Así, por ejemplo, el salario, el beneficio, y la renta de la tierra son en el capitalismo formas diferentes y cualitativamente determinadas de ingresos y rentas. Ricardo no las estudia en sustancia desde el punto de vista de su especificidad cualitativa, sino que las contempla como tres fuentes ‘naturales’ constantes de tres clases ‘naturales’ constantes de la población, y dedica toda su investigación al problema de las alteraciones de las varias relaciones cuantitativas entre esas tres formas de renta o entre los demás factores del modo de producción capitalista y aquellas formas de renta” (Zeleny, 1978: 29).

El argumento de Marx apunta al reconocimiento de la alienación no sólo como algo exterior y resultante, sino como un proceso continuo que en su realización genera, en medida creciente, un sometimiento mayor de quien la lleva a cabo. De esta manera puede interpretarse que, en cuanto condición general de toda actividad humana, pero también específica de la valorización del valor en el capitalismo, el trabajo se transforma en un aspecto que favorece la mayor alienación del sujeto trabajador, dado que no puede disociarse de la finalidad que determina el modo de ejecución de la actividad. Si la relación entre el sujeto y la naturaleza es una que, en un sentido general une al primero con la segunda, en su sentido particular (capitalista) no deja de unirlos, pero al mismo tiempo los enfrenta, los des-integra, al presentarlos como potencias hostiles, al convertir la actividad del hombre en un acto de dominación de la naturaleza que mortifica al hombre en el transcurso mismo de su realización y cuyos resultados son el hombre mismo, pero sometido, dominado, alienado, y la naturaleza devastada. Además, este sentido histórico particular que adquiere la actividad

humana representa también la enajenación del espacio de trabajo, en el que el sujeto se pierde a sí mismo en la medida que lo crea, lo ordena y reorganiza, mas no para auto-realizarse sino para la realización de una finalidad ajena a la suya. La aparente racionalidad de la producción se convierte, de este modo, en un mecanismo para la ampliación de la relación entre las cosas, no entre las personas, que enaltece, por ejemplo, el papel que desempeñan los “espacios globales” mientras se empobrece, simultáneamente a su propia población, y en el que la medida creciente de las articulaciones espaciales (locales, regionales, nacionales y mundiales) que genera dentro del proceso de producción y circulación mercantil, se presenta al trabajador como un desconocimiento, como una fuerza exterior que lo fuerza a producir sin saber la finalidad que fundamenta el origen y destino de su trabajo o, incluso, la procedencia de la decisión que lo mantiene activo o lo puede enviar a la calle (Santos, 2002).

Por ello, Eatwell señala:

Ni Smith ni Ricardo ofrecen análisis alguno de las formas del comportamiento

económico particular de cada una de las clases sociales; ese comportamiento es considerado “natural” u obvio. Marx, en cambio, rastrea su origen en términos de dos relaciones dialécticas. Primero, en la relación entre el desarrollo de los medios de producción y el de la organización social de la producción. Así, el crecimiento del sistema fabril, de las clases sociales — como el proletariado, con características particulares—, y de la tecnología sobre la que se funda el capitalismo industrial, son partes interrelacionadas del proceso de desarrollo del capitalismo a partir de formas económicas precapitalistas. En segundo lugar, en la relación entre el modo de producción y el necesario comportamiento de las clases sociales. Por ejemplo, dentro del modo de producción capitalista, el poder del capitalista deriva de su riqueza financiera. El dinero ya no es simplemente un medio que facilita el intercambio de mercancías. La acumulación de riqueza financiera se vuelve un fin en sí misma. Además, la naturaleza

competitiva del capitalismo es tal que cada capitalista debe incrementar continuamente su poder financiero, de lo contrario será superado y, eventualmente, eliminado por sus rivales (Eatwell, 1974: 284).

Aquello que Smith y Ricardo consideran como natural u obvio es la existencia de la clase capitalista, en cuyo nombre exponen sus planteamientos sobre el origen del valor y la determinación de la distribución de las rentas entre clases sociales, cuyo origen nunca se explica, sino que se autojustifica. En palabras de Umberto Curi:

La polémica con Smith y Ricardo, con Bastiat y Proudhon, no es sólo negación de la validez teórica de la *political economy* sino que es, conjunta e indisolublemente, indicación del modo concreto en que aquella ciencia es homogénea a la exigencia de la más general organización de la producción, explícitamente, por lo tanto, de la específica función ideológica a que ella responde, justamente en razón —y no a despecho— de su “cientifici-

dad”. En efecto, Marx no atribuye la imposibilidad de explicar —mediante la referencia a las “condiciones generales de toda producción”— estadios históricos reales a la falta de “potencia” epistemológica de las “determinaciones comunes” [...] Él destaca más bien cómo tales determinaciones generales, tales momentos abstractos, como quiera que sea unidos entre sí en aquella suerte de “arte combinatoria” en que consiste la ciencia económica burguesa, permiten sólo reproducir lo real (no transformarlo), hacer pasar “de la realidad a los libros” la forma de la organización capitalista de la producción, contribuyendo, en la insinuación de su carácter inmodificable, a homologarla y consolidarla (Curi, 1989: 24).⁹

⁹ Michael Perelman (2000: 2) ofrece una visión todavía más devastadora de los principales exponentes de la economía política clásica, al presentarla no sólo como una propuesta teórica de explicación de la realidad, sino como un discurso político práctico: “Junto con su trabajo enfocado a la teoría económica pura, los economistas políticos clásicos se involucraron en un proyecto paralelo: promover la reconstrucción forzosa de la sociedad en un sistema orientado

El señalamiento de Curi adquiere relevancia, además, a la luz del hecho de que la desvalorización del trabajador a medida que se valoriza el mundo de las cosas (la creciente producción de miseria, a medida que aumenta la producción de riqueza, como Marx reformula esa conclusión como Ley General de la Acumulación Capitalista en *El capital*) ha adquirido dimensiones ya efectivamente planetarias con

exclusivamente al mercado”. El libro de Perelman reconstruye la historia de la economía política para revelar las posturas implícitas y explícitas en el discurso de la economía política clásica, la cual, al mismo tiempo que abogaba por el “libre desarrollo de las fuerzas del mercado”, en la práctica promovía su consolidación por medio de la violencia, el expolio y el despojo de aquellos que, produciendo y disfrutando sus propios medios, representaban un desafío para el desarrollo del capitalismo. Para ello, los economistas (entre ellos también Smith y Ricardo), promovían el mecanismo de la Acumulación originaria en dos formas: primero, para minar la capacidad de la gente de ganarse la vida; segundo, mediante la promoción de estrictas medidas para impedir que la gente encontrara estrategias de supervivencia alternativas fuera del sistema del trabajo asalariado, entre las cuales se encontraban: leyes contra la vagancia, leyes para autorizar el trabajo infantil, leyes para obligar a los reos a trabajar asalariadamente, leyes para reducir el tiempo libre y para suprimir las fiestas religiosas, entre muchas otras (Ibíd.: 14-24).

la consolidación del mercado mundial capitalista, la convergencia simultánea de múltiples crisis de enorme profundidad y la ausencia de una estrategia organizativa clara que aglutine al conjunto de las organizaciones de izquierda. Por ello, es necesaria no sólo la recuperación de la teoría del valor de Marx como efectiva puesta en orden de los conceptos y categorías principales de la economía política, sino como el necesario paso adelante en la estructuración de una propuesta de organización social del proceso de producción/disfrute de la riqueza, que abandone la noción de que sólo las relaciones individuo-sociedad, fundadas en la “naturaleza egoísta” de los seres humanos y armonizadas fortuitamente por la mano invisible del mercado, tienen cabida en la actualidad y permanecen como horizonte único de posibilidad para resolver la catástrofe potencial que, ciertamente, se está fraguando.

Vista desde esta perspectiva, la crítica de Marx a Smith y Ricardo no sólo recupera aquello que es claramente una explicación de fondo del origen del valor de toda mercancía, sino que además lo ordena, lo complementa y conduce a su superación efectiva, para

abrir nuevas posibilidades. En esa crítica y en esa propuesta —sostenemos—, un lugar relevante lo tiene el concepto de valor de uso.

3. LA TEORÍA DEL VALOR EN MARX

En tanto punto de partida de su obra principal, *El capital* (Marx, 1977), y como núcleo explicativo de la totalidad de su construcción teórica y política, la teoría del valor de Marx establece de inicio a la riqueza como objeto problemático cuya forma y contenido deben ser desentrañados.¹⁰

La economía política debe entenderse entonces como “ciencia de la riqueza”¹¹ y esto es así, no sólo por cuanto de ello depende la comprensión y la superación de las contradicciones que genera la actual forma de producir, circular y consumir los elementos necesarios para la reproducción material del sujeto social, sino también

¹⁰ “El libro *El Capital* pretende ser una explicación ‘científica’ de lo que es la riqueza en la sociedad moderna” (Echeverría, 1986: 51).

¹¹ Cf. Marx (1980: 105): “No hay riquezas sin propiedad privada, y la economía política es, por su propia esencia, la ciencia del enriquecimiento. No hay, por tanto, economía política sin la propiedad privada”.

porque el examen de la riqueza desde esa perspectiva abre la posibilidad transformar y trascender aquella realidad en la que el sujeto social ha dejado ya de estar orgánicamente integrado en torno de una voluntad subjetiva (su voluntad comunitaria) orientadora de su actividad —cuyo objetivo central es garantizar la continuidad de su existencia material, así como la del entorno con y en el que se desenvuelve—, y la somete a una dinámica de presunta eficacia fundada en el desmembramiento del sujeto social en un conjunto de individuos privados organizados en clases, para quienes aplica un principio distributivo “natural”, basado en la identificación de los objetos necesarios para la producción y el consumo como mercancías y a su intercambio como el momento definitorio de la posibilidad de la reproducción singular y, eventualmente, general (Echeverría, 1986; 1998). De ahí que Marx inicie su examen de la riqueza, en su configuración histórica capitalista, como la aparente acumulación de un “enorme cúmulo de mercancías” y a la mercancía como la síntesis contradictoria de la riqueza misma (la “riqueza de las naciones”, la llamaría Adam

Smith) (Smith, 1977), en virtud de que, para ser comprendida cabalmente, debe reconocerse su doble carácter, como valor de uso y valor (Marx, 1977: 43-51) que, a su vez, deriva de la naturaleza dual del trabajo del que proviene la riqueza: como trabajo concreto y como trabajo abstracto (Marx, 1977: 51-57).

De este modo, la teoría del valor de Marx presenta, inicialmente, el aspecto social-natural de la riqueza mercantil como valor de uso, así como su aspecto social-comercial, es decir, como valor que se manifiesta en tanto que valor de cambio (Echeverría, 1986: 88). Este punto resulta de particular importancia porque, en términos generales, los comentarios en torno al punto de partida del planteamiento de la teoría del valor en Marx parecen centrarse exclusivamente en el aspecto cuantitativo del valor de las mercancías, mientras omiten el muy importante hecho de que, para Marx, el valor de uso constituye “el contenido material de la riqueza” y es el portador material del valor de cambio (Marx, 1977: 44-45).¹²

¹² Un ejemplo de esta omisión es Sinha (2010). Quizá el mejor ejemplo de recuperación del concepto de valor de uso y su trascendencia se encuentra en Echeverría (1998).

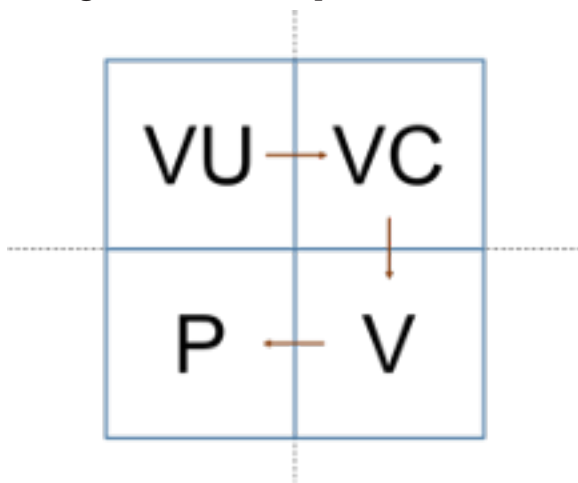
Así, en el primer capítulo de *El capital*, Marx presenta, mediante un rodeo, el carácter social de los productos del trabajo mercantil que posibilita que éstos demuestren (o no), hasta el proceso del intercambio, su ser necesarios para otros, a partir del análisis de las determinaciones básicas de toda mercancía, además de su valor de uso: su valor de cambio, su sustancia de valor y su magnitud de valor, como residuo de la abstracción del valor de uso, pero sin el cual no puede expresarse en tanto que objeto de intercambio diferenciable de otros, como trabajo necesario realizado por uno para el disfrute de otros (Figura 1).

Por ello, en el origen del planteamiento inicial sobre la determinación del valor de las mercancías, Marx aborda la complejidad de la estructura de la forma mercancía en los dos primeros apartados del capítulo primero, en los que deconstruye su forma natural (valor de uso) y su forma social (valor), con el doble fin de esclarecer, por un lado, los rasgos distintivos de cada una de ellas y, por el otro, avanzar en la exposición del carácter contradictorio de la forma mercantil respecto a la economía política clásica a la que Marx considera —repetidamente— inca-

paz de desentrañar la forma del valor (es decir, la forma misma que hace del valor un valor de cambio), partiendo del análisis de la mercancía y de la constitución de su valor (Marx, 1977: 98n). Así, en el examen al que Marx somete a la forma mercantil, el valor de uso aparece como la determinación de primer orden: “La utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso” (Marx, 1977: 44)¹³ y, en la medida en que los valores de uso constituyen el contenido material de la riqueza, “sea cual fuere la forma social de ésta”, representan

¹³ Vale la pena resaltar aquí que Marx recupera y da especificidad a una idea planteada por John Locke, en relación con el uso del concepto *worth* en la lengua inglesa, para denotar “[la] aptitud [de cualquier cosa] de satisfacer las necesidades o de servir a la comodidad de la vida humana”, mientras que para denotar su valor de cambio se emplea la palabra *value* (valor), a diferencia de la lengua alemana, en la que ambas se expresan mediante el vocablo *Wert*: “En los escritores ingleses del siglo XVII suele encontrarse aún la palabra ‘worth’ por valor de uso y ‘value’ por valor de cambio, lo cual se ajusta, en un todo, al genio de una lengua que se inclina a expresar en vocablos germánicos la cosa directa, y en latinos la refleja” (Marx, 1977: 44n). Algo similar ocurre con el concepto de trabajo, el cual, cuando se refiere al trabajo concreto, productor de valores de uso, se denomina *work*, mientras que cuando se refiere al trabajo abstracto, productor de valor, emplea el vocablo *labour* (Engels, nota agregada a la 4ª edición, en Marx, 1977: 58n).

Figura 1: La forma mercancía y sus determinaciones, según el orden de exposición de Marx



Fuente: Elaboración propia a partir de Echeverría (1986).

también el vínculo de continuidad y permanencia entre cada una de las formas históricas de la socialidad humana, por lo que la producción y disfrute de la riqueza expresa el carácter transhistórico y supraétnico del ámbito del valor de uso, pleno de significación y en proceso continuo de trascendencia, aunque no exento de drama (Echeverría, 1998).

Sin embargo, los valores de uso son también los portadores del valor de cambio y éste aparece en principio como “relación cuantitativa, proporción en que se intercambian valores de uso de una clase por valores de uso de otra clase” (Marx, 1977: 45). Es en este punto de la exposición que aparece

una primera paradoja: ¿cómo puede una mercancía cualquiera tener un valor de cambio único y al mismo tiempo múltiples valores de cambio?: “Una mercancía individual [...] se intercambia por otros artículos en las proporciones más diversas. No obstante, su valor de cambio se mantiene inalterado, ya sea que se exprese en x betún, y seda, z oro, etc. Debe, por tanto, poseer un contenido diferenciable de estos diversos modos de expresión” (Marx, 1977: 45). Esto significa que, en primer lugar, “los valores de cambio vigentes de la misma mercancía expresan un algo que es igual. Pero, segundo, que el valor de cambio única-

mente puede ser el modo de expresión o ‘forma de manifestarse’, de un contenido diferenciable de él” (Marx: 1977: 45n). Ese contenido diferenciable al que Marx se refiere es el valor.

El valor entonces es esa magnitud igual de algo que existe en común entre dos mercancías cualesquiera, pero que no puede ser alguna de sus propiedades naturales, puesto que dichas propiedades corpóreas de las mercancías las hacen ser valores de uso diferenciables entre sí. Por otra parte —nos dice Marx—, “salta a la vista que es precisamente la abstracción de sus valores de uso lo que caracteriza la relación de intercambio entre las mercancías. [...] En cuanto valores de uso, las mercancías son, ante todo, diferentes en cuanto a la cualidad; como valores de cambio, sólo pueden diferir por su cantidad, y no contienen, por consiguiente, ni un solo átomo de valor de uso” (Marx, 1977: 46). ¿Qué queda entonces de la abstracción del valor de uso?:

Ese producto ya no es una mesa o casa o hilo o cualquier otra cosa útil. Todas sus propiedades sensibles se han esfumado. Ya tampoco es producto del trabajo del ebanista o del albañil

o del hilandero o de cualquier otro trabajo productivo determinado. Con el carácter útil de los productos del trabajo se desvanece el carácter útil de los trabajos representados en ellos y, por ende, se desvanecen también las diversas formas concretas de esos trabajos; estos dejan de distinguirse, reduciéndose en su totalidad a trabajo humano indiferenciado, a trabajo abstractamente humano (Marx, 1977: 47).

Como consecuencia lógica de la argumentación precedente, el proceso por el cual se hace abstracción del valor de uso pone de manifiesto aquello que es común a todos los productos del trabajo humano, que es su valor. Ese valor sólo puede existir en los objetos mercantiles, por cuanto en ellos está “objetivado o materializado trabajo abstractamente humano” (Marx, 1977: 47). De ahí se deriva entonces que la magnitud del valor de las mercancías estará determinada por la cantidad de “sustancia generadora de valor”, es decir, por la cantidad de trabajo requerida para producir un valor de uso. Sin embargo, no se trata aquí del tiempo particular que éste o aquél productor requiera singularmente para ob-

tener un valor de uso susceptible de ser intercambiado, lo que determina su valor, sino el tiempo que la fuerza de trabajo social media requiere. Por tanto, la magnitud del valor de toda mercancía se determina por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla, pero éste varía con cada cambio en la fuerza productiva del trabajo, la cual depende, entre otras cosas, del “nivel medio de destreza del obrero, del estadio de desarrollo en que se hallan la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas, la coordinación social del proceso de producción, la escala y la eficacia de los medios de producción, las condiciones naturales” (Marx, 1977: 48-49).

El modo en que Marx expone establece así, simultáneamente, la conexión interna entre cada una de las determinaciones (factores) de la forma mercancía, así como también una propuesta (que es también crítica) de solución al problema de la determinación de la magnitud del valor que, sin dejar de incorporar los fundamentos coherentes de la economía política clásica, los ordena, los matiza y los articula de una forma novedosa que también trasciende las confusiones, los equívocos y las contradicciones en las que

incurre.¹⁴ Esta forma de exposición es necesaria, entonces, para mostrar las contradicciones del modo social de organización de la producción y la reproducción social capitalista, a saber:

que la totalidad de los individuos que componen la sociedad mercantil, a pesar de mantener un lazo de múltiples necesidades con su sociedad, producen privadamente o en atomización desconociendo su propio ser social. De suerte que el resultado laboral de la serie dispersa de los productores privados no es un producto al que se le vea inmediatamente si es o no socialmente necesario. Ello sólo lo podrá resolver el proceso del intercambio mercantil, el cual, a su vez, sólo será posible en la medida que los productos concretos del trabajo (los valores de uso) se reduzcan a meros productos del trabajo abstracto (a valores) (Barreda, 1983: 43. Énfasis en el original).

¹⁴ Jorge Juanes (1976: 157) sostiene que el punto de partida de la Crítica de la Economía Política de Marx fue posible gracias al grado de madurez del modo de producción capitalista en tiempos de Ricardo y al desarrollo alcanzado por la economía política como ciencia.

Por otra parte, si el objeto teórico central de *El capital* de Marx es, efectivamente, la subordinación del proceso de reproducción social a la reproducción capitalista, la teoría del valor desempeña en dicha explicación un papel determinante, debido a que, de acuerdo con el modelo positivo de Marx —desarrollado en la primera sección de *El capital*—, para comprender cómo se produce y consume la riqueza en el capitalismo, es necesario examinar, primero, las condiciones de existencia y las determinaciones de la forma elemental (la célula) de dicha riqueza: la mercancía, así como el acto elemental de su intercambio, compuesto por dos etapas de cambio recíproco de forma de la riqueza (metamorfosis), de mercancía a dinero y de dinero a mercancía y las diversas funciones de la mercancía erigida de manera práctica en la sociedad como expresión general “pura” de toda riqueza: el dinero. Esta figura elemental (Echeverría, 1986: 68) que describe la existencia y el movimiento de la riqueza social capitalista como mercancías producidas mediante el trabajo humano y que, para constituirse en bienes de consumo final o intermedio, deben, en

principio, adecuarse (debido a su carácter de valores de uso), a la satisfacción de las necesidades humanas, “independientemente de su origen” (Marx, 1977; Heller, 1998), pone de manifiesto una serie de contradicciones, no consideradas previamente por la economía política clásica:

1) Presenta a la riqueza social como resultado de un conjunto disperso de procesos privados e inconexos de producción, cuya articulación y complementación no parece depender de la voluntad de los sujetos que los realizan, sino de un mecanismo automático exterior a ellos y que los sobredetermina;

2) Presenta al contenido material de la riqueza social, los valores de uso, como apéndices subsidiarios de la forma social de esa riqueza, a la cual se subordina: el valor;

3) Presenta a la actividad productiva concreta (el trabajo) como primordialmente generadora de valor y fundamento de la intercambiabilidad de los productos del trabajo y no como generadora de riqueza concreta, adecuada temporal, espacial, cultural y técnicamente a la satisfacción de las necesidades concretas de sus

productores mismos y de sus lazos comunitarios, reduciéndolo a simple gasto de energía, músculo y cerebro humanos;

4) Presenta a la riqueza mercantil como fetiche que tiene la capacidad propia, autónoma, de propiciar la vinculación de los individuos atomizados a través del intercambio y a estos últimos como “objetos” que se relacionan fortuita y azarosamente gracias a las relaciones sociales entre las cosas (Marx, 1977: 89).

En virtud de lo expuesto hasta aquí, queda claro que el núcleo estratégico de la crítica de la economía política de Marx en el conjunto de *El capital*, pero especialmente en las primeras dos secciones del primer libro, consiste en revelar la conexión interna entre el origen del valor y el plusvalor, no sólo en la realización de una actividad orientada a un fin (el de la producción de valores de uso), sino en la explotación de la fuerza de trabajo, cuyo salario se presenta ante su propia conciencia como “pago por el trabajo”, cuando no es más que el pago por el valor de su fuerza de trabajo, predefinido en la relación contractual entre el obrero y el capitalista, pero que permite que la parte mayoritaria del tiempo de trabajo del

obrero se destine a la producción gratuita de riqueza para el dueño del capital y que éste no sólo utiliza para mantener su existencia como capitalista, sino que la aprovecha para ampliar, en medida creciente también, su capacidad de explotación de la fuerza de trabajo y de la naturaleza.

4. CONCLUSIÓN

Analizada desde el presente, la teoría del valor de Marx es considerada por muchos de los sectores dominantes de la academia mexicana e internacional, como un planteamiento de importancia apenas digna de ser incluida como nota a pie en textos y artículos de corte histórico, sin que se haya dado oportunidad para que se desarrollen y difundan plenamente sus capacidades explicativas y transformadoras. En un momento histórico como el actual, en el que enfrentamos, de un lado, el ominoso escenario de la catástrofe climática que ha ocasionado la incesante producción de plusvalor, sobre la base de un patrón tecnológico y una civilización material petrolera (OilWatch, 2005) que, durante décadas, se ha negado a ceder espacio a otras modalidades tecnocientíficas de gestionar

el crecimiento económico y la producción de riqueza,¹⁵ del otro lado enfrentamos el deterioro y la amenaza de pérdida o destrucción de lo que queda de las condiciones básicas fundamentales de existencia de la vida humana y natural: la diversidad biológica, la fertilidad de los suelos, algunos minerales, los recursos hídricos y la salud humana. Todas estas crisis nos recuerdan, como lo hace Marx en *El capital*, que la economía no tiene sólo que ver con la permanente generación de valor, sino con la riqueza material existente que da forma, sentido y perspectiva a la Historia.

Por esa razón, el ámbito del valor de uso, que aparece furtiva pero recurrentemente en la argumentación de la crítica de la economía política, especialmente cuando Marx quiere recordarnos su anclaje a lo real y a lo trascendente, adquiere nueva luz y comienza a madurar como enfoque cuya necesidad de desarrollo se vuelve urgente, tanto en la formación de los científicos

sociales —especialmente los economistas— como de los ciudadanos, muchos de los cuales, ya organizados, están produciendo, desde el valor de uso, alternativas técnicas, ecológicas, alimentarias, de vivienda, de gestión de la educación, la cultura, la salud y la política que, además de aportar alternativas técnicas, productivas, circulatorias, de gestión o de organización social, expresan una elección colectiva, a veces más consciente, a veces menos, de rebelarse ante el estado de cosas vigente. Estas expresiones de creatividad obrera, de ecologismo popular, de novedosas manifestaciones de solidaridad internacional, de género e intergeneracional, hablan de la recuperación (lenta, sí, pero evidente ya) de una actitud del pensamiento obrero que Mario Tronti (2006: 11) denominó del descubrimiento, es decir, una disposición por la que los sujetos luchan contra la sociedad al mismo tiempo que viven dentro de ella, con el fin de destruirla, tal como existe, para hacerla verdaderamente suya. Este es el verdadero potencial revolucionario de la teoría del valor de Marx que aún espera a ser explorado a cabalidad.

¹⁵ “[...] la grande industria e la sua scienza non sono il premio per chi vince la lotta di classe. Sono il terreno stesso di questa lotta” [la gran industria y su ciencia no son el premio para quien venza en la lucha de clases. Son el terreno mismo de esa lucha] (Tronti, 2006: 10).

5. BIBLIOGRAFÍA

- Barreda, Andrés (1983). *En torno a la estructura argumental y la fundamentación en la crítica de la economía política: El Capital, Tomo I, capítulo 1º*. Tesis de licenciatura. México: Facultad de Economía, UNAM.
- Curi, Umberto (1989). *La crítica marxiana de la economía política en la Einleitung. Introducción general a la crítica de la economía política, 1857*. 21a edición. México: Siglo XXI, 9-30.
- Eatwell, John (1974). Controversies in the Theory of Surplus Value: Old and New. *Science & Society*, 38(3): 281-303.
- Echeverría, Bolívar (1986). *El discurso crítico de Marx*. México: Era.
- (1998). *Valor de uso y utopía*. México: Siglo XXI.
- Heller, Agnes (1998). *La teoría de las necesidades en Marx*. Barcelona: Península.
- Juanes, Jorge (1976). Economía burguesa y teoría del valor (una lectura marxista). *Investigación Económica*, 35 (137): 157-212.
- Marx, Karl (1971). *El capital. Libro I, Capítulo VI (inédito)*. Buenos Aires: Signos.
- (1977). *El capital. Crítica de la economía política*. 8 vols. México: Siglo XXI.
- (1980). *Cuadernos de París [Notas de lectura de 1844]*. México: Era.
- (1986). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse), 1857-1858*. 3 vols. México: Siglo XXI.
- (1987). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844. Karl Marx. Escritos de Juventud*. Carlos Marx y Federico Engels. Obras Fundamentales, v. 1. México: Fondo de Cultura Económica.
- Napoleoni, Claudio (1976). *Lecciones sobre el capítulo sexto (inédito) de Marx*. México: Era.
- (1981). *Fisiocracia, Smith, Ricardo, Marx*. Barcelona: Oikos-Tau.
- OilWatch (2005). La civilización petrolera. *Biodiversidad-LA*. Disponible en: <http://www.biodiversidadla.org/Documentos/La-civilizacion-petrolera>.
- Perelman, Richard (2000). *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation*. Durham: Duke University Press.
- Ricardo, David (1973). *Principios de economía política y tributación*. Madrid: Ayuso.

- Ripalda, José María (1978). Nota editorial sobre OME 5. Karl Marx. *Manuscritos de París, Anuarios francoalemanes 1844*. Barcelona: Crítica.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (1980). Economía y humanismo. *Carlos Marx: Cuadernos de París [Notas de lectura de 1844]*. México: Era.
- Santos, Milton (2002). *El presente como espacio*. México: Sistema de Universidad Abierta, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Sinha, Ajit (2010). *Theories of Value from Adam Smith to Piero Sraffa*. Nueva Delhi: Routledge.
- Smith, Adam (1977). *Riqueza de las naciones*. 2 vols. México: Publicaciones Cruz O.
- Tronti, Mario (2006). *Operai e capitale*. Roma: DeriveApprodi.
- Zeleny, Jindrich (1978). *La estructura lógica de "El capital" de Marx*. México: Grijalbo.